

ACOTACIONES

EL CUENTO DE MONROE

Un literato americano acaba de escribir un artículo en Ginebra sobre la doctrina de Monroe. La prensa lo comenta extensivamente y transcribe un párrafo donde el hombre asegura que "gracias a dicha doctrina la Unión es el país más grande del mundo y el más respetado de todos".

A pesar de que no pasa un día sin que la prensa del sur o del norte se ocupe de la doctrina de Monroe, nosotros, hemos llegado a dudar de la existencia de Monroe y a poner en tela de juicio, también, la existencia de su doctrina. Se nos ocurre, a menudo, que la doctrina de Monroe no fué la concepción de un presidente que se llamó Monroe, sino, sencillamente, la creación fantástica de un pueblo pícaro y oficioso.

La doctrina de Monroe ofrece, en este sentido, cierta analogía con la doctrina de Irigoyen. No por el contenido, sino por la falta de contenido. Aquí y allá, se habla a cada paso de la existencia de una doctrina, pero, ni aquí ni allá, la mencionada doctrina, aparece por ninguna parte. En efecto: ¿quién conoce la doctrina de Monroe? Nadie. Y ¿quién conoce la doctrina de Irigoyen? Tampoco: nadie. Sin embargo, no sólo corre el rumor de que Irigoyen posee una doctrina, sino que se jura y perjura que la tiene encerrada en el bolsillo.

La doctrina de Monroe, quizás, es el producto de la picardía yanqui, como la doctrina de Irigoyen es el producto de la picardía argentina. No en balde, a ellos y a nosotros nos separó Dios de los demás continentes.

Tanto Irigoyen como Monroe, son dos tipos históricos, más o menos apócrifos, creados por la fantasía popular para satisfacer una necesidad histórica. La necesidad histórica de nuestro pueblo, en este momento, son los empleos nacionales. Irigoyen representa la causa de todos los desheredados... de la burocracia. Y la necesidad histórica de la Unión es descartar sus culpas sobre la conciencia de alguien, que en este caso es un filósofo que tuvo la ocurrencia de inventar una doctrina. Monroe, desempeña en la política americana el triste papel que desempeña Quevedo en la literatura española. Cualquiera chiste verde que huelga a ajo se le atribuye inmediatamente a Quevedo. En la Unión a Monroe lo cita hasta el verdugo que maneja la silla eléctrica. La razón de un hombre se ha convertido, paulatinamente, en una razón social. O en una razón de Estado. ¿Qué la Unión bombardea a Nicaragua? Bueno: la doctrina de Monroe ya lo había previsto en el capítulo de los bombardeos. ¿Qué se firma un pacto de paz? Ah, ah... Monroe era un apóstol de la paz y la Unión continúa el apostolado de Monroe. ¿Qué se quebranta la paz y se inicia la guerra? ¿Monroe que te parió! ¿Qué la Unión traiciona a un país extranjero? Monroe decía que la traición dejaba de ser traición cuando el estado del Estado lo exigía... ¿La Unión es traicionada por otra potencia más sinvergüenza que ella? Ah, ah, ah... ¿Monroe repudiaba el engaño y aborrecía la traición? ¿Qué la Standard Oil se apodera del petróleo de nuestro continente y nos deja materialmente a oscuras? Monroe previó el caso. Dijo al respecto: el petróleo produce el calor. Sin calor no se puede vivir. Luego, hay que buscar y traer petróleo de cualquier parte. Eso dijo. ¿Qué se lincha a una caterva de negros en Cansas City? Monroe era blanco. Luego, no se viola la doctrina del ilustre mandatario.

Monroe le sirve a los americanos como Aristóteles al Arcepieste de Hita. El Arcepieste de Hita cuando quería decir algo por su cuenta se lo hacía decir a Aristóteles. Decía que

él lo decía. Los americanos proceden exactamente como el jesuita español. Hasta sospechamos que para poner en práctica la silla eléctrica se consultó la doctrina de Monroe, y se adujo, naturalmente, que Monroe era partidario de la electricidad.

EL CUENTO DE IRIGOYEN

La Argentina ha creado, también, un tipo semejante al tipo de Monroe. No lo ha hecho con fines internacionales, como la Unión, sino con fines puramente domésticos. No se trata de un tipo para uso externo, sino para uso interno. Nos referimos a El Hombre, con mayúsculas.

Así como hemos puesto en duda la existencia de Monroe, a veces, se nos ocurre dudar de la existencia de Irigoyen. No dudamos, en cambio, de la creación. Dudamos, en una palabra, de que sea una persona, pero no dudamos de que sea un personaje. Un personaje real y fantástico. No conseguimos todavía completar nuestro pensamiento. El Hombre vive, dicen que vive, pero no vive, si vive, para sí, ni en sí, sino para los demás y en los demás. Si una razón de Estado creó el tipo de Monroe, una razón social, tal vez, creó el tipo de El Hombre. Sea como sea, la creación de El Hombre es una creación real y ficticia a la vez, que responde, no sabemos bien, si a la necesidad espiritual de un pueblo de tener un hombre o si a la necesidad material de disponer de él. Mezclamos las palabras realidad y fantasía, porque a pesar de que a El Hombre no se lo ve por ningún lado, su nombre suena y truena y anda de Ceca en Meca como el nombre de Monroe. Pocos son los que han podido ver a El Hombre, pero son muchos los que pronuncian su nombre y relatan sus hazañas.

¿Existirá, en efecto, El Hombre? ¿Vivirá o estará muerto? Unos dicen que vivió y que aún sigue viviendo. Otros, aseguran que ha muerto. Otros, que está embalsamado... A decir verdad, no hace gran falta que El Hombre viva, supuesto que su existencia no es suya sino el producto de la imaginación popular o la misma imaginación popular donde nació y en la cual vive. Nosotros nos damos cuenta de que El Hombre vive o vivió, no por él; que no habla, ni se deja ver, ni sale al balcón, ni anda por la calle, sino por los otros, en quienes él vive y por los cuales respira y obra. Por todos aquellos que afirman que lo han visto u oído o que se dicen amigos de él o partidarios de su doctrina y que vienen a ser, en resumidas cuentas, lo único que podemos apreciar de su vida, si es que El Hombre vive. Por momentos, llegamos a sospechar que las personas que siguen a El Hombre se han complotado con el fin de crear a un hombre y que para valorizar más la creación le añaden las mayúsculas y le cuelgan una doctrina con un régimen y una causa. Se menciona a El Hombre como si se tratara de un santo y se menciona la causa como si se tratara de un milagro. No obstante, nadie puede precisar la fisonomía del santo y menos la naturaleza del milagro. Reina el misterio más profundo alrededor de los dos fenómenos. Pero, se habla a cada paso de las dos cosas como si fuesen dos cosas positivas y existentes. El santo, entretanto, calla y la gente se encarga de propalar su evangelio, o sea, las palabras que el santo no pronuncia. Por momentos, llegamos a sospechar, también, que dicho hombre existe a condición de guardar silencio, a fin de que los complotados puedan hablar libremente por él, dándole los últimos re-

toques a la figura. Advertamos, asimismo, que El Hombre no se alegra ni se enoja de ser el depósito general de las ideas de sus correligionarios y en vez de abrir la boca un día, cada día la tiene más cerrada. No aprueba ni desaprueba. Calla y asimila. Todos los que lo siguen le atribuyen una cualidad distinta, cualidad que El Hombre hace suya, silenciosamente. Todos los que le han visto le descubren una nueva virtud o un nuevo privilegio. Vale decir: amplian su vida de personaje legendario. Y como todos, a la postre, han tenido una participación en la creación de El Hombre, el hombre se siente muy agradecido con todos y todos con el hombre.

Digamos que El Hombre ha sido una bella concepción popular, siempre que no se trate, claro está, de un caso de sugestión colectiva. Costó mucho construir a El Hombre, pero, al fin, se lo construyó. Y el pueblo que lo hizo, ahora que está hecho, lo ama. No ama a El Hombre: ama su propia obra. Cuando el pueblo lo aplaude, a sí mismo, se aplaude. Lo engrandece para engrandecerse y lo exalta para exaltarse.

La doctrina, si es que hay doctrina, la constituye el conglomerado vasto de sus admiradores. De todos aquellos que directa o indirectamente participaron o convinieron en la construcción de un hombre, en cuya cabeza descansaría una doctrina.

Se trata, como puede verse, de una creación maravillosa, que participa del espíritu y de la materia. Porque El Hombre ha sido ideado para satisfacer las necesidades del cuerpo y del alma. Es así que tiene animadores líricos y animadores prácticos. Y mientras los unos esperan la resurrección del país, los otros, esperan tan sólo la resurrección de su familia, que a fuerza de aguardar el empleo prometido se está muriendo de hambre.

OTRO CUENTO PEOR

Sale aquí una revista católica apostólica romana donde colaboran asiduamente algunos escritores de nota. También sale un pasquin de la misma catadura religiosa, en el cual van a parar todos los restos que evacúa semanalmente dicha publicación. Una se llama "Criterio". La otra, "Criterito".

"Criterio" y "Criterito", según parece, se disputan a viva fuerza, la salvación del país. No se la disputan a trompadas y a balazos como las hordas misericordiosas de Cantóni. Ni tampoco repartiendo empleos nacionales como la traición contraria. Al binomio mesiánico de unos y otros, "Criterio" y "Criterito", oponen un terceto: la Santísima Trinidad. O sea: El Padre, El Hijo y El Espíritu Santo.

Si a la humanidad no la salva Dios, de esta hecha, no la salva nadie.

Nosotros somos muy respetuosos de todas las ideologías. Hemos escuchado al reverendo padre Napal sin encajarle siquiera un cascotazo. Y esta tolerancia nuestra se debe a que después de sumar y restar la calidad y cantidad de los hombres, llegamos a la conclusión de que los ideólogos estaban en minoría y que no convenía atacarlos a fondo, porque peligraba, naturalmente, la especie.

Pero, ni el respeto ni la admiración excluyen el análisis. Por eso, a pesar del concepto excepcional que los ideólogos nos merecen, consideramos que no conviene, sin embargo, darles demasiado sogas. Conviene, por el contrario, tenerlos siempre a raya. De esta manera contribuiremos a mantener la rectitud del individuo y la integridad de la especie...

Trataremos, en consecuencia, de apuntar dos cosas que conspiran contra la eficacia de la propaganda de "Criterio" y su minúsculo apéndice. La primera es la condición económica de los propagandistas y la segunda es la forma de encarar la propaganda.

EMPECEMOS POR LO PRIMERO

Digamos que ambas publicaciones están editadas y escritas por la burguesía y se venden en todas las iglesias. La mayoría de sus colaboradores es gente de plata. Poseen un título o dos o tres, o varias cátedras, o una renta del Estado o una renta de la mujer, o una casa en Morón o un conventillo en Belgrano. Nosotros no vamos a censurar su posición ideológica. Cualquier ideología, después que hicimos nuestro balance, nos resulta digna de estudio. Ni tampoco vamos a censurar su posición económica. Cada cual vive como puede... Pero, vamos a señalar, eso sí, la contradicción que encierra la posición ideológica de "Criterio" y "Criterito" con su posición económica.

Cristo exigía, como condición previa, a todos aquellos que lo querían seguir, que abandonasen sus privilegios. No se puede ser rico y ser cristiano a la vez. Llenas están las escrituras de anatemas contra los poderosos. Si en algo se excede la palabra de Cristo es, precisamente, en el repudio de la riqueza. Asegura, por ejemplo, que es más fácil que pase un elefante por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de los cielos. La religión de Cristo, no es la religión de los ricos, sino la religión de los pobres. Cristo predicaba a los afligidos y a los menesterosos. Se dirigía especialmente a los que tenían hambre y sed de justicia. Y los ricos jamás han tenido hambre de ninguna especie y sólo han tenido sed de riqueza. Cristo tronó particularmente contra los magnates de la tierra. Después que se apagó la voz del maestro, el trueno de su filosofía siguió estallando en la boca de sus discípulos.

San Jerónimo decía que "la riqueza era siempre el producto del robo". San Basilio fué más terminante. Dijo que "todo rico era un ladrón". Y San Crisóstomo le dió la paja a San Basilio. "Todo rico — afirmó — es un bandido".

Pero, los ricos, ahora, no se conforman, por lo visto, con ser ricos. Les parece poco ser lo que son. Quieren ser algo más... Ya dan por cierta, seguramente, su salvación y quieren salvar a los otros... Nos quieren salvar a nosotros los pobres.

Para hablar de Dios, es menester, estar en buenas relaciones con él. Un hombre religioso, no es religioso porque se diga religioso, sino porque cumple con los preceptos de la religión. Sacar una revista o dos para prestigiar a Dios y hacer todo lo que Dios condena, es hacerle un flaco servicio a Dios.

SIGAMOS POR LO SEGUNDO

Digamos que el lenguaje de "Criterio" y "Criterito" sorprende por su estruendosa fonación. Es un lenguaje clásicamente revolucionario: campanudo, pistonudo y tremebundo. Mete miedo. Y sorprende, porque el criterio de ambas publicaciones es francamente reaccionario. La forma no condice con el contenido. (Ya hemos demostrado que el contenido no condice con la forma). Hay, entonces, contradicción y recontradicción flagrante.

Los burgueses no pueden ni deben ser revolucionarios. Como las mujeres no deben ni pueden ser varones. Porque los burgueses no pueden ni deben hacer la revolución. Ni la necesitan, ni la desean, ni les conviene. Los burgueses, a lo sumo, podrán hacer la contrarrevolución el día que la revolución estalle. La revolución es el producto de la desigualdad social. Y la desigualdad social, si no es el producto de la burguesía, por lo menos, así lo parece. O si levantáramos un censo de los que están bien y de los que están mal, resultaría que los que están bien son pocos y los que están mal son muchos y estos pocos son siempre los burgueses. De donde se desprende que si los que están mal no tienen derecho a quejarse, los que están bien, deben, por prudencia, callarse la boca. Porque si los ricos se quejan, ¿qué pueden hacer los pobres, entonces? Y si los que poseen